

qué condenar á Felipe II al infierno? Nuestra comparacion se refiere únicamente á la vida pública; no tratamos de equiparar al marido adúltero con el pontífice que practicaba todas las virtudes de un monje.

Si Felipe II ha sido el defensor sincero del catolicismo, ¿por qué pesa la maldicion sobre su memoria, al paso que por el mismo concepto se celebra como héroes á los Carlo-Magno y Oton? Esto consiste en que en la Edad Media el catolicismo era la condicion esencial de la civilizacion, miéntras que desde la Reforma es uno de los obstáculos que se le oponen. Los emperadores cristianos eran hombres de progreso; Felipe II era hombre del pasado; hé aquí por qué la humanidad lo rechaza. Sin embargo, aquel pasado que queria reconstituir el rey de España, tenía todavía una razon de ser, puesto que la Reforma no ha conseguido vencerle. Dejemos á Felipe II la gloria de haber unido su nombre á la reaccion católica; si no llegó á comprender lo que ésta tenía de legítimo, al ménos la sirvió ciegamente.

## CAPITULO IV.

### LA GUERRA DE TREINTA AÑOS Y LA PAZ DE WESTFALIA.

#### § I.—El objeto de la lucha.

En otra parte hemos dicho que la lucha terrible que ensangrentó la Alemania durante treinta años fué religiosa en su origen, pero que se mezclaron en ella intereses políticos, los cuales tomaron una importancia cada vez mayor á medida que se prolongaron las hostilidades (1). Este es el punto de vista en que hay que colocarse para apreciar la mision de esta guerra espantosa, y el papel que corresponde á cada una de las partes beligerantes. Ha tenido por objeto providencial asegurar la libertad religiosa en Europa, dándole garantías en la patria misma de la Reforma. Estas garantías no existian en la paz de Augsburgo; arrancada á la casa de Austria, más bien que consentida libremente, no era más que una tregua. La Iglesia no renunció á la esperanza de recobrar, por medio de la fuerza en último caso, todo el terreno que habia perdido. Una milicia poderosa organizó la reaccion católica en toda la cristiandad. Los jesuitas influian sobre los ánimos, apoderándose de las generaciones nuevas por medio de la educacion; no satisfaciendo su ardor este lento trabajo, excitaron á la violencia, aquí por medio de conjuraciones, allí por medio de la guerra civil. Fracasaron en Francia y en Inglaterra, pero en Alemania sus progresos llegaron á amenazar hasta la existencia del protestantismo.

Los jesuitas hallaron un príncipe que parecia nacido para po-

(1) Véase el tomo IX de mis *Estudios históricos*.

nerse á la cabeza de la reaccion católica; Fernando, el jefe de la casa de Austria. En vano se dice que los planes de Fernando no eran tan gigantescos, que no pensaba en destruir la Reforma, sino en salvar el catolicismo. Los que creen en la moderacion del partido católico, no conocen el poder del principio religioso que constituye su fuerza. El catolicismo se ve fatalmente impulsado á la dominacion, porque es de su esencia la universalidad; se cree llamado por Dios mismo á imponer sus creencias al mundo entero. Por consiguiente, cuando nace una herejía en su seno, debe extirparla; sus anales prueban que no retrocede ante la sangre para conseguir su objeto. Fernando, si hubiera vencido, se hubiera visto arrastrado; instrumento de los jesuitas, hubiera llegado hasta el fin, es decir, hasta la ruina de la Reforma. Destruida en Alemania, en donde tenía sus raíces, y no teniendo más que una existencia precaria en Francia, hubiese sucumbido necesariamente en Inglaterra y en el Norte, y con ella la libertad de pensamiento y la civilizacion moderna.

¿Quién ha salvado el protestantismo y el porvenir de la humanidad? Aquellos que por sus creencias y por su interes político estaban llamados á defenderlos, los príncipes protestantes, no abandonaron precisamente su causa, pero la comprometieron con sus divisiones, fuente de una irremediable debilidad. Dios les envió un salvador, un héroe digno de ser el defensor de la libertad religiosa. Gustavo Adolfo no encontró apoyo en los príncipes alemanes, y pereció al principio de su gloriosa carrera. Sus generales continuaron luchando contra la casa de Austria; pero, abandonada por los protestantes, la Suecia hubiera sucumbido, si no hubiera encontrado un auxiliar en la Francia. Richelieu prosiguió la obra de Gustavo Adolfo, no por conviccion religiosa, sino por interes político. La ambicion de la casa de Austria estaba tan íntimamente ligada á la dominacion del catolicismo, que no era posible atacar á la una sin conmover al otro. Estando el emperador á la cabeza de la reaccion católica, Richelieu hubo de ponerse al frente del partido protestante. El protestantismo contribuyó á la victoria, y debió, por consiguiente, sacar partido de ella. Hé aquí de qué manera un príncipe de la Iglesia salvó la Reforma.

No era este seguramente el objeto del cardenal; espíritu esen-

cialmente político, no veía en la guerra encendida por las pasiones religiosas más que un medio de quebrantar el poder de la casa de Austria. Se acusaba á los descendientes de Carlos V de que aspiraban á la monarquía, y la acusacion era fundada en el sentido de que eran los jefes de la reaccion católica; ahora bien, el catolicismo implica una dominacion universal, lo mismo en el orden temporal que en el orden religioso. Carlos V se habia inspirado en el ideal de la Edad Media al querer restablecer el Imperio y la unidad cristiana. Felipe II continuó la política de su padre; fué realmente el rey de los católicos, y estuvo á punto de ser el rey de toda la cristiandad. En el siglo XVII la rama alemana de la casa de Austria se encargó del papel que habia desempeñado en el XVI la rama española. Tambien en esta ocasion la idea dominó y arrastró á los hombres. Ni más ni menos que Felipe II, Fernando no tenía talla para ser el señor del mundo; es más que probable que no hubiera concebido nunca tan elevada ambicion, pero la religion, de que era órgano y campeón, le impulsó, á su pesar, á obedecer á la divisa de su casa: *plus ultra*. Supóngase por un momento triunfante la reaccion católica y vencidos Gustavo Adolfo y Richelieu: ¿quién no ve que la independencia de las naciones hubiera perecido juntamente con la libertad religiosa? Tales eran los temores de Richelieu, el más profundo político de los tiempos modernos; para conjurar el peligro de una monarquía universal se unió con los protestantes contra la casa de Austria.

¿Obraron con desinterés en esta gran lucha Gustavo Adolfo y Richelieu? ¿No tenía el primero más objeto que salvar á la Reforma? ¿No ambicionaba el segundo para la Francia la monarquía, ó si se quiere, la influencia de que despojaba á una casa rival? Es positivo que la ambicion y el interes han tenido parte en los grandes acontecimientos de la Historia, y siempre sucederá lo mismo, porque esto está en la naturaleza humana. Creemos sin dificultad que solamente la muerte impidió que el héroe sueco fundase para sí un imperio protestante. Tambien el cardenal murió antes del fin de la lucha, pero su política, ya que no su genio, le sobrevivió é inspiró las negociaciones de Munster. ¿Cuál fué el resultado? El tratado de Westfalia rebajó al Austria y consagró la grandeza de la Francia. No era esta la monarquía universal, en la

cual creemos que no ha pensado nunca Richelieu, pero era un lugar preponderante en la cristiandad, un ascendiente moral, más bien que una dominación material. El rey, que en su niñez firmó la paz de Munster, recogió la herencia de aquella grandeza; Luis XIV extendió por toda Europa el brillo y el terror del nombre francés. La revolución francesa llevó más lejos todavía la gloria de la Francia; venció á la Europa coaligada, en nombre de una idea, y legitimó sus victorias llevando á los vencidos la libertad, la igualdad y la fraternidad. Un conquistador fué el heredero de la revolución, pero, infiel á su origen, substituyó con el despotismo la libertad, y en lugar de inspirarse en el sentimiento de la fraternidad, fundó un imperio por la fuerza de las armas. El yugo francés pesó duramente sobre el mundo, y principalmente sobre Alemania; de aquí una reacción violenta contra la Francia; reacción que se manifiesta hasta en la pacífica esfera de la Ciencia. De aquí ha resultado una concepción nueva, extraña, de la guerra de los treinta años; nosotros la rechazamos, porque juzga lo pasado en nombre de las preocupaciones de lo presente. Se condena á la Francia del siglo XVII bajo la influencia del odio encendido por la dominación napoleónica. El odio es mal consejero, ciega en lugar de ilustrar; es necesario desterrarlo del estudio de la Historia, porque, si no, la altera y la falsea.

Los escritores alemanes no ven en la guerra de los treinta años más que una lucha política; niegan que la libertad religiosa haya peligrado; apenas admiten que en los primeros años haya tenido la guerra un carácter religioso, y aún esto solamente á los ojos de los protestantes, que se imaginaban sin razón que el emperador quería destruir la Reforma. La guerra, dicen, fué exclusivamente política desde que intervino en ella el extranjero. Cuando hablan de lucha política, no quieren dar á entender que la casa de Austria haya amenazado á la Europa con una monarquía universal, y menos aún reconocer que Gustavo Adolfo y Richelieu hayan tomado las armas para salvarla de este peligro. El héroe sueco y el político francés son considerados como bandoleros; hicieron la guerra al Imperio, dicen, para repartirse sus despojos (1). ¿Cuál es, en este

(1) BARTHOLD, *Geschichte des grossen deutschen Krieges*, t. II, p. 411.

orden de ideas, la misión providencial de la guerra de los treinta años? Ninguna. No ha asegurado la libertad religiosa, ni la independencia de Europa, puesto que ni una ni otra peligraban. No queda, pues, más que un vasto campo de carnicería ocupado por hordas bárbaras, bajo las banderas de la Francia y de la Suecia, sin más fin por parte de sus jefes que el desmembramiento de la Alemania y el botín, y una licencia salvaje por parte de los capitanes y soldados mercenarios. En cuanto á los príncipes protestantes, solamente reciben elogios por haber comprendido los verdaderos intereses de la religión y del Estado, los que desertaron de la causa del protestantismo para unirse al emperador; por el contrario, los que permanecieron fieles á la alianza sueca, son condenados como traidores á la patria; el borracho y egoísta Jorge de Sajonia se convierte en un tipo de patriotismo, mientras que el landgrave de Hesse y su heroica viuda Amalia Isabel, son entregados á la execración (1). No son solamente algunos príncipes los que pierden su reputación inmolada en odio al nombre francés; en su ardor patriótico, los historiadores alemanes llegan á acusar á la nación, si no de traición, al menos de falta de inteligencia política y casi de candidez. Bajo la palabra de la Historia se había creído hasta hoy que el genio guerrero de Gustavo Adolfo y de sus valientes capitanes los Horn, los Bannier, los Torstenson y los Wrangel, así como la fogosidad de Condé unida á la profundidad de Turena, fueron los que habían triunfado de la casa de Austria. ¡Error! Los franceses eran pocos, y si se distinguieron fué por su cobardía; la Suecia no envió á Alemania más que algunos millares de campesinos desnudos; los ejércitos suecos y franceses estaban compuestos casi exclusivamente de mercenarios alemanes. Hé aquí, pues, á lo que se reduce la guerra de los treinta años: los alemanes, bajo la bandera de algunos bandoleros suecos y franceses, derraman su sangre para desmembrar su patria en provecho de los que los han comprado.

Si este sistema histórico fuese cierto, sería desconsolador. Los escritores que lo sostienen no echan de ver que á fuerza de patriotismo hacen de su patria la sátira más sangrienta. ¿Qué se ha de

(1) BARTHOLD, *Geschichte des grossen deutschen Krieges*, t. II, p. 37, 43, 243.

pensar de una gran nacion cuyos príncipes se venden por codicia al extranjero, ó se dejan engañar por sus enemigos, y combaten por ellos contra su jefe, sin cuidarse en lo más mínimo del honor nacional ni de la integridad del territorio? Habrá que decir que es una nacion de traidores y de necios, y que merece su destino por duro que sea. Y sin embargo, esto es lo que se dice de los alemanes del siglo xvii. Despues de 1630 todo el partido protestante fué aliado de la Suecia; por consiguiente, la mitad de la Alemania era traidora á su patria! Durante todo el tiempo de la guerra hubo príncipes alemanes y tropas alemanas al servicio de la Suecia y de la Francia; éstos eran traidores, ó por lo ménos, imbéciles, que imaginaban que sus creencias estaban en peligro ó su libertad comprometida por la casa de Austria. No es esto todo. Si los historiadores alemanes tienen razon, es preciso decir que la humanidad es presa de una ciega fatalidad; es preciso negar el gobierno providencial. ¿Qué es de nuestro destino si los pueblos de Europa se han desgarrado durante treinta años, sin que tanta sangre derramada haya tenido más razon que la ambicion de algunos bandoleros y la estupidez de las masas? ¿Habrémos de creer que Dios no ha dado más mision á los hombres que la de matarse mutuamente y despojarse?

Démonos prisa á decir que el sistema histórico que conduce á semejantes consecuencias es falso. Los escritores alemanes alteran los hechos al negar que la libertad religiosa estuviese comprometida en la guerra de los treinta años, al negar que la reaccion católica, unida al poder de la casa de Austria, ponía en peligro la libertad de la Alemania y de toda la cristiandad. Es preciso cerrar sistemáticamente los ojos á la luz para pretender que la religion no ha entrado para nada en la larga lucha que ensangrentó la Alemania durante una vida de hombre. ¿Es un sueño la reaccion católica á fines del siglo xvi y principios del xvii? ¿Son un fantasma los jesuitas? ¿Es un mito el fanatismo de Fernando II? ¿Y qué queria la reaccion católica? ¿Cuál es el fin que se proponian los jesuitas y su instrumento el emperador? ¿No era la destruccion del protestantismo? ¿Podia tener la Iglesia otro pensamiento? Si todo esto es un producto de la imaginacion ¿qué debemos pensar de los largos debates de Osnabruck sobre la libertad religiosa?

¿Qué dirémos del tratado de Westfalia que la garantiza? ¿Qué dirémos de la protesta del Papa contra aquellas estipulaciones? ¿Se negocia al final de una larga guerra sobre cosas ajenas á la lucha? ¿No son los tratados de paz una consecuencia de las hostilidades? Y si la paz de Westfalia es medio religiosa ¿no es una prueba evidente de que tambien la guerra era semireligiosa? Si hay un elemento religioso en la guerra de los treinta años, todo cambia de aspecto. La causa de la Reforma es la del libre pensamiento, la causa de la civilizacion: no conocemos intereses más grandes para las naciones. Que Gustavo Adolfo, al tomar en sus manos la defensa del protestantismo haya sido inspirado por la ambicion, pase; pero aquella ambicion era elevada y santa. La cuestion religiosa va íntimamente unida á la cuestion política. Por el mero hecho de hallarse la casa de Austria á la cabeza de la reaccion católica, se veía fatalmente impulsada á ambicionar la dominacion universal, al ménos en el sentido de que su influencia se habia de extender hasta donde alcanzasen las conquistas del catolicismo. ¿Será necesario preguntar qué libertad hubiera quedado á Alemania si Fernando hubiera vencido á Gustavo Adolfo? La libertad de Alemania no era, pues, una palabra vana, y Richelieu, al invocarla, cualesquiera que fuesen, por otra parte, sus pensamientos secretos, no era un bribon que engaña á sus aliados como á sus enemigos. El gran cardenal ha sido realmente el libertador de la Europa, porque ha impedido el imperio exclusivo del catolicismo, y por consiguiente la monarquía de la casa de Austria.

Si la libertad de pensamiento, si la independecia de las naciones eran el objeto de la terrible lucha en que tanta sangre se ha derramado, en que tantas provincias han sido arruinadas, la historia, á la vez que maldice las malas pasiones de los hombres, debe bendecir la mano de Dios; debe sacar de los males de la guerra una gran lección, y es que los pueblos hacen por sí mismos su destino. Si no marchan por las vías de la Providencia, Dios interviene y les envía un salvador; pero ¡ay de los que no saben salvarse por sí mismos! La salvacion que viene de mano extranjera es siempre un mal, porque empequeñece necesariamente á aquellos que por debilidad han tenido que recurrir á este medio. Hé aquí lo que la historia debe echar en cara á los príncipes protestantes; no

dirá que eran necios ó traidores por haber pedido ó aceptado el apoyo del extranjero; los censurará por no haber defendido su fe y su libertad con sus propias fuerzas, y por haber hecho necesaria la intervencion de la Suecia y de la Francia. ¿Se dirá que buscaban en el extranjero la fuerza que no hallaban en sí mismos? Responderémos que esta impotencia les es imputable, porque es debida á sus desdichadas divisiones, á su falta de inteligencia política. Pero al ménos el objeto que se proponían uniéndose al extranjero no era la satisfaccion de viles pasiones: tratábase de los más grandes bienes del hombre, la religion y la libertad.

Desde el siglo XVII se ha operado una singular revolucion en las ideas políticas de los Alemanes: condenan hoy como un crimen lo que entónces llamaban su libertad. La paz de Munster consagró la independenciam casi absoluta de los príncipes á expensas de la autoridad del emperador; de aquí resultó que se relajó la unidad nacional. De aquí una gran debilidad cuando el imperio entró en colision con una nacion fuerte é invencible por su unidad. Los Alemanes han echado de ver que su patria no desempeñaba en el gran drama de la historia el papel que podria desempeñar, si sus fuerzas, en lugar de estar divididas, se hallasen reunidas. Hé aquí por qué la unidad de la Alemania ha llegado á ser la aspiracion de todos los que quieren devolverle el lugar á que le da derecho su poder. Nada más legítimo; pero hay en este patriotismo un escollo de que no han sabido librarse los historiadores; no se deben trasladar al siglo XVII las pasiones del XIX. Esto es lo que hacen los escritores que con tanta amargura echan en cara á los príncipes protestantes y áun á los católicos el haberse dejado engañar por el dulce nombre de libertad, invocado por la Francia para armarlos contra el emperador.

No es Richelieu quien ha inventado la *libertad alemana*. No hay sentimiento más arraigado en la raza germánica que el de la individualidad y la independenciam; no le hay más extraño á su genio que el de la unidad. Si esto es un mal, no data del siglo XVII; es tan antiguo como la Alemania. La Reforma, que á su vez es una manifestacion de esta predisposicion, dió nueva fuerza á la tendencia que impulsó á los Alemanes á separarse en lugar de unir-

se. ¿Es cierto que todo es censurable en esta tendencia? Aquellos á quienes interesa el protestantismo, aquellos á quienes es cara la libertad de pensar, deben felicitarse de que la Alemania no hubiera llegado á la unidad política en el siglo XVI; los reformadores no hubieran encontrado apoyo en un duque de Sajonia ni en un landgrave de Hesse; hubieran encontrado en un emperador omnipotente, jefe político del catolicismo, un enemigo mortal. Humanamente hablando, debe decirse que la Reforma hubiera sido ahogada en su cuna. Admiremos los designios de Dios. Miétras que en todas partes el poder real se concentraba cada vez más en una sola mano, el imperio de Alemania se iba fraccionando y dividiendo; los papas contribuyeron á debilitarlo, sin sospechar que preparaban el camino á Lutero; la division de la Alemania fué la salvacion del protestantismo. Los príncipes alemanes tenían, pues, excelentes razones para amar su *libertad*, y su causa se confundia con la de la humanidad. Aun en el siglo XVII, si la casa de Austria hubiera conseguido destruir la independenciam de los príncipes, la unidad hubiera sido la ruina de la Reforma.

Es verdad que la libertad alemana tiene su reverso. Ya en las largas negociaciones de Munster y de Osnabruck, los príncipes á quienes quedaba algun patriotismo, hubieron de gemir al verla dominada, y por decirlo así, insultada por el extranjero: la Suecia y la Francia desmembraron el imperio en nombre de la *libertad alemana* (1). La desmembracion es siempre un mal y además un crimen; pero hay que ver á quién debe imputarse. Los príncipes protestantes debian interesarse por su libertad, puesto que ésta era una condicion de salvacion para el protestantismo; pero no supieron defender su libertad, como no supieron defender su fe; de aquí la necesidad de la intervencion extranjera que condujo al desmembramiento de la Alemania. Pero al ménos el mal no careció de compensacion; la libertad religiosa fué consagrada por el mismo tratado que desmembró el imperio: en cuanto á la libertad política reconocida á los príncipes, si debilitó el imperio, garantizó tambien la existencia de la Reforma, y por consiguien-

(1) RAUMER, *Geschichte Europas seit dem XV<sup>ten</sup> Jahrhundert*, t. III, p. 626 y sig.